

El colibrí y la flor

Hace mucho, mucho tiempo, en un bosque al pie de las montañas de los Andes, vivían animales de todo tipo. Este bosque era un sitio mágico, lleno de colores, sonidos y vida. En el centro del bosque crecía una flor muy especial. Era una flor dorada, con pétalos que parecían estar hechos de luz del sol. Cuando el viento soplaba suavemente, su aroma se esparcía por todas partes, cautivando a cualquier animal que pasara cerca. Pero a pesar de su belleza, la flor dorada se sentía sola. No confiaba en nadie porque temía que, si daba demasiado de su néctar, se quedaría sin fuerza y se marchitaría.

Una mañana, cuando el sol empezaba a calentar las hojas del bosque, un pequeño colibrí volaba de flor en flor buscando néctar. Era rápido y juguetón, y su plumaje lucía colores verdes y azules que brillaban como piedras preciosas. Cuando vio la flor dorada, quedó boquiabierto.

—¡Nunca he visto una flor tan bonita! —pensó—. Seguro que tu néctar es tan dulce como tu aroma.

El colibrí voló rápidamente hacia ella e intentó beber de su néctar, pero en ese momento, la flor cerró sus pétalos con fuerza.

—¿Qué haces? —exclamó el colibrí, sorprendido—. ¿Por qué me cierras el camino?

—Lo siento, pequeño colibrí —dijo la flor con una voz suave pero triste—. No puedo darte mi néctar. Si doy demasiado, me debilitaré y moriré.

El colibrí se quedó mirando la flor con grandes y comprensivos ojos.
—No quiero hacerte daño —dijo—. Pero, si me lo permites, puedo ayudarte. No sólo quiero beber tu néctar, también quiero cuidarte para que no te ocurra nada.

La flor, que estaba acostumbrada a la desconfianza, se sorprendió por las palabras del colibrí.
—¿Ayudarme? ¿Cómo podrías hacerlo tú, que eres tan pequeño?

—Mis colores asustan a los insectos que te pueden hacer daño, y mis alas pueden llevar tu polen a otras flores para hacer que el bosque sea aún más bonito —respondió el colibrí con seguridad.

La flor pensó durante unos momentos y, con timidez, abrió sus pétalos dorados. El colibrí se acercó con mucho cuidado y bebió una pequeña gota de su néctar. Cuando lo hizo, sonrió y dijo:
—¡Es el néctar más dulce que he probado jamás! Gracias, flor. Prometo protegerte y volver todos los días.

Desde ese día, el colibrí visitaba la flor cada mañana. Asustaba insectos, mantenía limpios sus pétalos y llevaba el polen a otras flores del bosque. Poco a poco, nuevas flores doradas empezaron a crecer por todas partes, haciendo que el bosque se convirtiera en un sitio aún más mágico y vivo.

Con el tiempo, la flor se dio cuenta de un gran descubrimiento: cuanto más néctar daba, más fuerte se hacía. Su tallo se volvió más robusto, sus pétalos más brillantes y su aroma aún más dulce. Un día, dijo al colibrí:
—He aprendido que compartir no me debilita, sino que me hace más fuerte. Gracias por enseñarme esta lección.

El colibrí, con una sonrisa, contestó:
—Y yo he aprendido que cuidar lo que amamos nos hace más felices. Siempre estaré aquí para ayudarte.

El bosque se convirtió en un lugar lleno de vida y colores gracias a la amistad entre el colibrí y la flor dorada. Los demás animales y plantas se dieron cuenta de la importancia de cuidarse mutuamente y de compartir sus recursos.

Preguntas para dialogar con los niños

¿Por qué crees que el colibrí se sintió atraído por la flor? ¿Qué tenía de especial que la hacía diferente a las demás?

¿Cómo crees que la flor se sintió cuando el colibrí se acercó? ¿Te ha pasado alguna vez que alguien te hiciera sentir especial?

¿Qué piensas sobre la relación entre el colibrí y la flor? ¿Cómo crees que se ayudaron mutuamente?

¿Qué podemos aprender de este cuento sobre la amistad y la importancia de cuidar a los demás, incluso cuando son diferentes a nosotros?

¿Cómo crees que la naturaleza nos enseña a valorar lo pequeño, como el vuelo de un colibrí o la belleza de una flor?